giarse á los cielos del arte y ver si de los cielos del arte podía bajar sobre los senos del espíritu humano alguna revelación. Así lo comprendieron intuitiva é inconscientemente los artistas de aquella edad y entre todos y sobre todos, el más perfecto é inspirado, el celestial Rafael de Urbino. La paleta, de donde la Transfiguración se levantaba junto á la Psiquis clásica, no contenía solamente los iris de un arte, contenía también las esperanzas y los ideales de una religión. Hoy, en nuestros días, se comprende instintivamente tal verdad y se guardan para el gran pintor como para el gran cenobita centenarios y peregrinaciones demostrativos de la existencia real de un verdadero culto. En Asís hase verificado el centenario de San Francisco y en Roma el centenario de Rafael. Detengámonos un momento ante la figura histórica del pintor divino, porque nos detenemos ante una fase de la conciencia religiosa y ante un esfuerzo titánico empleado indeliberadamente por el genio para impedir que saliera el humano espíritu de los senos de la Iglesia católica, y porque al mismo tiempo estudiamos un hombre que intenta una revolución artística frente á la revolución religiosa y que dentro del siglo XIX, en su arte propio, en la pintura, determina movimientos como el pre-rafaeliano, el anti rafaeliano, y el rafaeliano clásico.

Los congregados en el Panteón romano para prestar culto religioso al primero entre todos los pintores modernos, ¡ah! se dirigían á una especie de Dios: que tal dictado merece, no solamente por las virtudes sobrenaturales de su alma creadora, sino por la obra inmensa, verdadero Universo de ideas que ha dejado en el espacio, y que debe vivir, si ha de corresponder á su grandeza, tanto como duren los tiempos, en serena y celestial inmortalidad. Los cuadros de Rafael, como todas las creaciones superiores del alma humana, como los diálogos de Platón, como las novelas de Cervantes, como los dramas de Shakespeare, como las sinfonías y las óperas de Mozart, como las oraciones fúnebres de Bossuet, arrancan universal admiración á todas las clases, á todas las condiciones, á todas las edades; lo mismo á los humildes que á los poderosos, lo mismo á los ignorantes que á los sabios; porque, identificadas en ellos, por combinación extraordinaria, la gracia con la profundidad y la forma con la idea, se posesionan de todas nuestras facultades, enseñoréanse por igual, tanto del sentido como de la inteligencia, y del corazón como del ánimo, con la eterna y avasalladora soberanía de su incomparable idealidad. Rafael es un arte y una religión. Su vida, breve como la vida de Cristo, deja en la Historia y en la conciencia, tomadas bajo un aspecto estético, las etéreas estelas, sólo comparables á las nebulosas del cielo, que se llaman revelaciones, por aparecer como una condensación tan grandiosa del espíritu humano y de sus benditos ideales, que sólo á los divinos puede compararse, y sólo por una increíble aproximación á Dios y á su virtud creadora comprenderse desde nuestra miseria y poquedad. En los días de su existencia terrestre recorrió todo el zodíaco de la humana inteligencia, y se paró en todos sus signos, despidiendo aquella grande alma de sus resplandores, con la luz etérea el calor vívido, en tales términos, que, desceñido de su

Rafael
DE Urbino

CAPILLA DE MÚSICA

vestidura terrestre, de su organismo, de su existencia circunstancial, vive allá, bajo las bóvedas de los templos y sobre las aras de los altares, convertido en verdadero y purísimo ideal. La hermosura fué su casta musa, la esposa eterna de su alma, la visión beatífica de sus éxtasis, la divinidad de sus oraciones, el principio y el fin de su existencia; y al tratar de realizarla en todas las obras de su pincel, como la viera en todos los instantes de su vida y la idolatrara con todos los latidos de su corazón, ha dado forma y sér á una categoría del entendimiento humano, al par que nos ha traído al mísero alcance de nuestra vista intelectual uno de los más esenciales y más propios atributos de Dios. Así como se observan y estudian los pasos de la pintura italiana, viendo en Rávena las imágenes bizantinas con toda su rigidez litúrgica; en Padua las obras de Giotto, en las cuales el antiguo cendal hierático se rompe y la vida de la naturaleza comienza, para extenderse luego por estos tres grandes monumentos: la Iglesia de Asís, verdaderamente dantesca; el cementerio de Pisa, con sus albores del Renacimiento; y la catedral de Orvieto donde asoma ya el nuevo arte; Rafael de Urbino, criado en los valles de Umbría, va desde su hogar á Perusa, y allí conversa con el Perugino; desde Perusa á Siena, y allí colabora con Pinturrichio; desde Siena á Florencia, y allí observa las puertas de Ghiberti, las Vírgenes de Angélico; los frescos de Masaccio; desde Florencia á Roma, y allí recoge las ideas platónicas traídas por los Médicis de los jardines del Arno, y las ideas teológico-humanistas, predicadas por los ciceronianos y por los helenos, al mismo tiempo que, absorto sobre las excavaciones, interroga las ruínas antiguas, de las cuales surgen, cual emjambres de abejas luminosas henchidas de la miel del Hibla, las inspiraciones clásicas romanas y griegas, que juntándose con las inspiraciones católicas, llegan á producir en la humanidad una trasfiguración, tan sublime como aquel cuadro divino, que, colocado el día de sus funerales tras la yerta cabeza de Rafael, dormido en su ataúd, no sólo significaba la metamorfosis etérea y angélica del espíritu de tan grande artista, sino la síntesis de todas las edades de la Historia, y el verdadero Tabor de toda la terrestre humanidad.

Jamás ningún espíritu se desarrolló de modo tan natural como esta increíble alma de revelador. Lo que la crítica llama las varias maneras de su pintura, no es otra cosa en el fondo, que un resultado propio de las edades naturales y de las fases varias de su alma, una en esencia; y de la correlación entre la unidad del alma y la movilidad y variación de la vida. En su primera época, representada por el cuadro de «Los Desposorios», la influencia mística de la educación maternal y la inevitable autoridad del maestro de escuela dominan su pincel como deben dominar su alma. Los personajes místicos del cuadro tienen el sello de la oración bebida en los labios de una madre; si, el sello de la misa rezada en la parroquia más cercana del hogar paterno; la marca de los Rosarios, dichos al toque del Ave-María, antes de recogerse y dormirse en su inocencia el niño bajo las áureas alas del Angel de la Guarda; mientras los personajes profanos tienen todo el aire de aquellos se-

CAPILLA ALFONSINA